

Todas las religiones son verdaderas... y falsas

Lo que hemos afirmado en la lección anterior, que «todas las religiones son verdaderas», podrá parecer muy optimista en comparación con la convicción inveterada de que sólo había una religión verdadera (la nuestra). Pero como el optimismo debe ser realista, esta lección viene a completar la anterior: «todas las religiones son verdaderas... y a la vez falsas». Con ella cerramos el punto más alto del curso. Los capítulos siguientes serán de algún modo consecuencias y aplicaciones, la bajada de la cima de la montaña.

I. Para desarrollar el tema

VER

Las religiones no han sido santas

Contra lo que generosamente hemos afirmado de las religiones en la lección anterior, podrían hacerse muchas objeciones apelando a los hechos históricos. La historia es muy benévola con las religiones. Al contrario, «la historia de las religiones realiza ya la crítica de las religiones»¹. No hay mejor atemperador del optimismo ingenuo hacia las religiones que su misma historia. A ella queremos volver la mirada una vez más, para «partir de la realidad», como corresponde a nuestra metodología de «ver, juzgar y actuar».

Invitamos al lector a revisar las primeras lecciones de este curso, donde hacíamos una somera revisión de datos históricos sobre el comportamiento intolerante y en nada dialógico de las religiones. Esta falta de diálogo entre las religiones no ha sido sin embargo su único ni su principal pecado. Podemos decir que, en general, la historia de las religiones está tejida tanto de bien como de mal, tanto de gracia como de pecado.

¹ PANNENBERG, W., *Erwägungen zu einer Theologie der Religionsgeschichte*, 288. Alude a la famosa frase de Schiller, retomada por Hegel: «La historia del mundo es el juicio del mundo».

Si dirigimos la mirada a los males más llamativos de la Humanidad, las guerras, podemos decir que no ha habido una guerra que afectase a una nación cristiana, que no haya sido apoyada y bendecida por las religiones². Éstas han apoyado las guerras y lo han hecho con mucha frecuencia como un elemento más de la autoafirmación egoísta (cultural, racial, económica, política...) de los pueblos implicados en ellas; han revestido sus razones con teología y las han avalado poniendo de su parte a la revelación, pero sólo han sido ropajes con los que se ocultaba ideológicamente los intereses egoístas o de poder de cada pueblo; las religiones, poniéndose por encima de la esfera humana, trataban de sancionarlos divinamente.

Invasiones, conquistas, «cruzadas», colonizaciones y neocolonizaciones, imperialismos... han sido llevados a cabo en la historia, no por pueblos descreídos y sin religión (¿han existido esos pueblos?), sino por pueblos religiosos, cuyas religiones han proporcionado las armas más poderosas: legitimidad y mística, mandato divino, misión trascendente, promesa de gloria eterna posmortal, obligación en conciencia, amenaza de culpabilidad o de excomunión y condenación... ¿Quién, sino la religión, ha tenido hasta ahora las armas más poderosas que mueven realmente a la Humanidad?

La historia humana, en su anverso y en su reverso, es una historia religiosa. La religión ha sido protagonista de la historia y es corresponsable tanto de sus aciertos como de sus grandes errores, y estos últimos no han sido pequeños. Las religiones no han estado siempre a favor de la justicia y en defensa de los pobres, sino bendiciendo con mucha frecuencia la guerra contra los pobres y sancionando ideológicamente los mecanismos que los han empobrecido. Hasta nuestros días, las religiones han estado contra los movimientos de liberación, contra los movimientos populares, contra las revoluciones, contra la independencia de los pueblos frente a sus metrópolis, contra las «libertades modernas», contra la emancipación de la razón, contra el progreso de la ciencia, contra la democracia...

Es verdad que siempre —sobre todo recientemente— ha habido también una presencia de la religión en el otro lado: con los pobres, con las minorías aplastadas, con los pueblos invadidos, con las revoluciones, con los movimientos populares, a favor de la independencia de los pueblos, de la libertad, de la democracia... Pero esto —que no deja de ser «la otra cara de las religiones», su dimensión profética, y también es como un iceberg, del que sólo se ve una pequeña parte— siempre ha sido excepcional respecto a la religión institucional. Sociológicamente, es una evidencia histórica que la religión institucional es, por naturaleza, un factor de conservadurismo, de oposición al progreso, de defensa del *establishment*, un instrumento que el poder utiliza a su servicio...

2 HICK, J., *God Has Many Names*, 54ss.

El juicio de la historia está ahí, condenando todos esos aspectos pecaminosos de las religiones. En eso las religiones no han sido verdaderas, sino falsas y bien falsas.

Las religiones no han sido infalibles...

Para ser objetivos, hemos de decir que no todo lo negativo que se ha dado en la historia de las religiones ha sido verdaderamente «pecados» de las religiones. Muchos elementos negativos han sido simplemente limitaciones de las religiones o de las sociedades, limitaciones inherentes al ser humano en cada momento de su evolución y de su progreso.

La religión, como los seres humanos que la practican, está sometida a la cultura y a la incultura de cada época, a los espejismos humanos, a los errores, al riesgo de confundir la fantasía con la realidad, a la dinámica de los intereses institucionales, a los prejuicios de contra los avances humanos... Todo esto —que podría ser elencado y detallado en una lista casi infinita— ha hecho cometer a las religiones errores en los que han caído de bruces, situaciones en las que han apostado por el error —involuntaria o inconscientemente— con todas sus fuerzas, proclamándolo a veces como verdad absoluta «en nombre de Dios» y siendo capaces de condenar y hasta de hacer guerra o asesinar. Basta pronunciar una palabra como testimonio: Inquisición.

Las religiones han cometido un sinfín de errores materiales y científicos. Aquí podríamos intentar hacer un elenco interminable de los mismos, desde los más solemnes y llamativos, hasta los más curiosos e incluso ridículos.

Todo ello no es fruto —como decíamos— sino de la ubicación de las religiones en sus propias sociedades, en este mundo limitado y en trance de progreso; es fruto de la historicidad de la sociedad humana, más que reflejo de inspiraciones divinas dimidiadas. Los providencialismos («Dios guía a su pueblo, el Espíritu Santo guía a su Iglesia, Dios no permitirá que sus representantes se equivoquen...») de poco sirven. La «autonomía de las realidades terrestres» y de la marcha de la historia —autonomía de la que hoy no podemos dudar— hace que también aquí las cosas acontezcan «etsi Deus non daretur», como si Dios no existiera, o como si guardara silencio absoluto. Si las religiones han cometido errores en la historia, si tantas veces no han acertado con la verdad, si se han puesto oficial y formalmente de parte del error y de la falsedad... Dios no ha salido al quite para remediarlo. Ahí está la historia para demostrarlo.

Concretamente, por lo que se refiere a la «teología de las religiones», o sea, al concepto que las religiones han tenido de sí mismas y de su relación con las demás, hemos de decir que la tradicional actitud exclusivista «se ha formado en un período de sustancial ignorancia respecto a la vida

religiosa de la Humanidad, y recientemente se ha visto empujada a un replanteamiento radical debido al surgimiento de un conocimiento mucho más profundo y mucho más amplio»³. Los cristianos concretamente, hemos pasado casi dos milenios en el error exclusivista sin que Dios lo haya remediado (y lo han pagado caro otros pueblos)...

Todavía en el momento metodológico del «ver», y como para alzar el vuelo hacia el «juzgar», podemos apelar una vez más a la «hermenéutica de la sospecha»: ¿Puede ser árbol bueno éste que ha dado tales frutos de sufrimiento y de dolor en la historia? ¿Pueden ser verdaderamente absolutas —o absolutamente verdaderas— las religiones, que han defendido errores «infaliblemente», y se han puesto de parte del egoísmo, del poder y del error comprometiendo solemnemente toda su autoridad?

En realidad, lógicamente, se trata de una sospecha simplemente «metodológica», porque no es una sospecha, sino una evidencia confirmada. Hay exceso de pruebas, de testimonios, de víctimas... como para seguir hablando simplemente de «sospecha»⁴. Por eso, más que «sospechar» sobre una «no verdad» ya comprobada, lo que queremos hacer es preguntarnos por su significación. Para eso vamos a entrar en la segunda parte.

JUZGAR

Relatividad

Podemos afirmar que las religiones son relativas, no absolutas. Es decir, no cabe pensar que hay una religión que es absoluta en este sentido de que tiene toda la verdad, sólo tiene verdad, nunca ha cometido institucionalmente pecados gravísimos, ni ha presentado como «doctrina segura» o incluso como «revelación» errores que hoy son manifiestos. Y podemos afirmar que no sólo no hay una religión así, sino que no puede haberla. ¿Por qué? Por muchas razones.

En primer lugar, porque las religiones son obras al menos tan humanas como divinas. En nuestro mundo humano no existe nada «exclusivamente divino». Y todo lo que es humano es limitado, falible, perfectible, ambiguo. Los elementos divinos y de verdad que dan valor a las religiones

3 HICK, J., *ibid.*, 29.

4 Refiriéndose a la Iglesia y a la Biblia, Renán decía: « Un solo error prueba que la Iglesia no es infalible; un solo punto flaco prueba que un libro no es revelado... En un libro divino todo es verdadero y no debe haber, por tanto, ninguna contradicción... Un libro inspirado es un milagro. Debería, por lo mismo, presentarse en condiciones únicas, distintas de las de cualquier otro libro. E. RENAN, *Souvenirs d'enfance et de jeunesse* 160, citado por TORRES QUEIRUGA, A., *La revelación...*, 83.

«cuando entran en su realización dentro de las limitaciones de una comunidad histórica, no pueden ser tomados nunca en sentido absoluto», y lo que hay que mirar es «el saldo de conjunto» de cada religión, saldo que «no debe ocultar la evidencia de que todo progreso humano comporta siempre una sombra de regreso, de que toda clara visión se paga con algún tipo de ceguera parcial, de que toda ganancia va acompañada de alguna pérdida»⁵. Como realidades humanas que son, como mediaciones humanas que implican limitaciones y debilidades, no hay ninguna religión que sea perfecta.

Cada religión, en efecto, significa una perspectiva única, una forma peculiar de abordar el misterio y de reaccionar ante él, de forma que siempre hay en cada religión riquezas y sensibilidades que no poseen las otras, igual que todas sin excepción tienen que reconocer algunas cegueras inevitables, causadas por los límites de su propias circunstancias⁶.

Ambigüedad

Las religiones son, pues, realidades ambiguas, tienen un doble rostro. Son «lo mejor y lo peor de la Humanidad», como el ser humano mismo, que es a la vez *sapiens* y *demens*. «La religión –dice Raimundo Pánikkar– no tiene necesariamente un valor positivo... La religión representa lo mejor y lo peor del ser humano, precisamente porque afecta a las cuestiones últimas»⁷. O, dicho más fuertemente, con palabras autorizadas: «La religión es, a la vez, divina y demoníaca»⁸.

No hay una religión en la que todo es puro, una religión que toda ella es sólo religión pura... «Concretamente, toda religión es una mezcla de fe, superstición e incredulidad»⁹. Albert Samuel ha mostrado hasta qué punto en las religiones más formales no dejan de estar presentes formas consideradas «inferiores» como el animismo¹⁰. Los agentes de pastoral saben perfectamente cómo en la religiosidad –no sólo la llamada religiosidad popular, sino en la de todos los estratos sociales– actúan entremezcladamente la fe y el amor, junto con el temor, el interés, el pensamiento mágico, la superstición... Y es sabido que aun en sectores desarrollados y

5 TORRES QUEIRUGA, A., *La revelación...*, 386.

6 TORRES QUEIRUGA, A., *El diálogo de las religiones en el mundo actual*, en J. GOMIS (org.), *El Vaticano III*, Herder-El Ciervo, Barcelona 2001, p. 74.

7 PANIKKAR, R., *El diálogo intrareligioso*, Assisi 2001, 11.

8 ID, *El escándalo de las religiones*, en TORRADEFLOT, Francesc (org.), *Diálogo entre religiones. Textos fundamentales*, Trotta, Madrid 2002, 175.

9 KÜNG, Hans, *Ser cristiano*, Cristiandad, Madrid 1977, p. 108.

10 *Les religions aujourd'hui*, Éditions Ouvrières, Paris 1992. Hasta las fechas de las grandes fiestas judías, cristianas e islámicas coinciden fundamentalmente con los cambios estacionales, los solsticios, equinoccios y con el ciclo lunar. Ritos que se realizan en estas religiones están también presentes en el animismo.

cultos y urbanos, las prácticas de horóscopos, lectura de cartas, consulta a los adivinos del futuro, brujería, etc., están mucho más extendidas de lo que se cree.

Quien permanece sereno y sincero, acepta que las fronteras entre lo verdadero y lo falso, lo bueno y lo malo, lo inocente y lo pecaminoso... pasan también por la propia religión.

Pluralismo «asimétrico»

Tanto en la afirmación de que todas las religiones son verdaderas, como en la afirmación complementaria de que todas tienen a la vez algo de falso, no tratamos tampoco de hacer afirmaciones absolutas y niveladoras de todas las religiones en igualdad. Todas son verdaderas y a la vez falsas, pero no lo son en el mismo grado ni en la misma forma. No hay una «simetría» que las iguale a todas. Ni siquiera dentro de cada religión se da esa simetría. Una religión —como ya dijimos— tiene una clarividencia y una sensibilidad especial para unas determinadas perspectivas, y otras la tienen para otras perspectivas. Unas tienen unas debilidades y unos «puntos ciegos» ante determinados aspectos, y otras los tienen para otros. Es lo que se quiere decir por «pluralismo asimétrico».

Ese no ser perfectas las religiones, y ese no serlo todas de la misma manera, es otro fundamento de la necesaria complementariedad de las religiones, ya tratada en la lección anterior. Por no ser perfectas, ninguna puede decir «yo lo sé todo sobre Dios»; por ser asimétrico el pluralismo, tampoco puede decir ninguna: «yo lo sé mejor que las demás»¹¹. Y por eso es por lo que todas pueden aprender. Entre dos religiones, ¿cuál de ellas tiene la verdad? Las dos. ¿Cuál debe enseñar a cuál? Las dos pueden aprender de la otra. «No caben acaparaciones excluyentes ni autoproclamaciones aprióricas de la propia excelencia. Sólo tiene sentido la convivencia fraternal y, en cada caso, una conclusión a posteriori, a partir del examen y la comparación, de la discusión y el diálogo con las demás. Es por otra parte lo que en realidad sucede cuando alguien abraza una religión y no otra»¹².

La realidad muestra que en los diferentes elementos y dimensiones de las religiones no se logra igual grado de avance hacia Dios. Muchas veces las diferencias entre lo conseguido en una religión y lo logrado en otra, son simplemente de contexto cultural, y eso debe llevarnos a todos a la cautela y al respeto de un pluralismo amplio y legítimo. Pero hay ocasiones en que las diferencias tienen serio alcance religioso. De ahí la conciencia de que

11 Estamos aludiendo a las palabras del saila kuna Horacio Méndez, citadas por extenso en la lección anterior. Cf. *Agenda Latinoamericana'2003*, portada final.

12 TORRES QUEIRUGA, A., *Del Terror de Isaac al Abbá de Jesús*, Verbo Divino, Estella 2000, 297.

el pluralismo sea concebido asimétricamente, no de un modo igualitariamente nivelador.

Ya dijimos más arriba algo sobre el origen de este adjetivo, «asimétrico». Hace apenas 10 ó 15 años, algunos teólogos no aceptaban entonces la posición pluralista porque la imagen que tenían del pluralismo era sinónimo de igualación radical de todas las religiones, de indiferentismo, de relativismo... En aquellos tiempos no parecía posible un pluralismo sereno, maduro, respetuoso de las diferencias... Por eso se consideraban más bien inclusivistas, aunque, matizando, se confesaban partidarios de un «inclusivismo abierto». Como sabemos, la teología de las religiones es muy joven, y está en franco crecimiento. El paso de los años ha hecho a estos teólogos avanzar¹³ y sentirse francamente incómodos en el inclusivismo, por muy abierto que se considere ese inclusivismo. Han dado el salto y han pasado a aceptar el pluralismo, sólo que especifican este matiz de «asimétrico» para ahuyentar la vieja acusación de relativismo e indiferentismo. Hoy, sin embargo, cada día más, se hace innecesaria la matización, pues, ya, para casi nadie, el pluralismo sin más especificación es sinónimo de radicalismo igualitarista e indiferentista. Como dijimos más arriba, «un pluralismo igualitarista sería irreal, falta de realismo. Todo pluralismo realista es asimétrico, mientras no se diga lo contrario»¹⁴.

ACTUAR

Llegamos al momento de las conclusiones operativas.

Renunciar a los absoluticismos

Es una conclusión que ya hemos extraído en varias ocasiones anteriores en nuestro curso, y en este momento no hacemos sino reforzarla desde otros fundamentos.

13 «La teología actual lleva ya tiempo trabajando estas cuestiones... Todavía queda mucho camino por andar... Será preciso elaborar nuevas categorías que permitan ir consiguiendo una mayor claridad... Ni siquiera pretendemos ya, aunque haya sido un gran avance por parte de algunos de nuestros teólogos, hablar de inclusivismo... A falta de otra categoría mejor, a cuya búsqueda común invitamos a todos, preferimos la de pluralismo asimétrico, pues nos parece que, al tiempo que –más allá del inclusivismo- respeta la pluralidad, evita el peligro –pluralista- del relativismo, como si todos los caminos fuesen iguales y no fuese preciso estar siempre en éxodo hacia una mayor profundidad y pureza en la confesión y en la práctica del misterio». TORRES QUEIRUGA, A., *El diálogo de las religiones en el mundo actual...*, 73.

14 Cfr. el capítulo séptimo, donde hablamos del pluralismo.

Para quienes tienen ya un cierto recorrido de renovación de la mentalidad teológica, esta renuncia al absolutismo no presenta ninguna dificultad. Pero la posición mayoritaria es la contraria: los cristianos –por hablar ahora de este campo que es el que más conocemos–, cuando se inician en este tema, sufren con frecuencia un primer momento turbador. Han vivido desde siempre en el sentimiento inconsciente de estar en la Verdad, en una verdad absoluta frente a la que las verdades de los demás eran falsas o fatuas... de forma que cuando la reflexión teológica les hace ver que la realidad no es tan absoluta como daban por supuesto (a partir sin duda de lo que se les enseñó cuando eran menores), sienten una primera sensación como de angustia, como de que se sienten un poco en el vacío.

Esto nos pasa a los cristianos y especialmente a los católicos. José María Díez Alegría, con su estilo desenfadado y humorado, cuenta que «en el Concilio Vaticano I, respecto a la cuestión de la infalibilidad había tres partidos. Uno, el de los infalibilistas extremos, que querían una definición de este tenor: «el Papa es infalible», y basta. Uno de estos tipos, el periodista W. G. Ward, decía que su ideal hubiera sido encontrarse todos los días, junto con el desayuno, una definición dogmática. Con perspectiva histórica y desapasionada, se puede decir que eran unos animales...»¹⁵.

Ello no es simplemente una humorada. Aunque estamos a casi siglo y medio de aquel Concilio, en el que los infalibilistas triunfaron sobre un sector minoritario de obispos más formados en teología que discutían y se oponían vehementemente a la definición, el resultado fue una definición matizada en su letra¹⁶, pero lo que en el vulgo cristiano se extendió fue una concepción de infalibilidad sin matices ni visión crítica. El pueblo cristiano católico ha vivido sobre una conciencia de seguridad, de verdad absoluta, de confianza ciega en sus autoridades eclesiásticas... inconciliable con la mentalidad moderna. Así que cuando «modernizamos» nuestra mentalidad, entramos realmente en otro paradigma, y esto no puede hacerse sin sentirse conmovidos. Pero no es para echarse atrás, sino para asumir esa sensación interna como un nuevo estímulo al estudio personal y a la reflexión asumida por el propio sujeto.

Cada religión es un mapa, no el territorio mismo

Esta acertada frase de Paul Knitter nos puede resumir una actitud operativa: reconocer que las religiones son «mapas» del territorio del misterio, no el territorio mismo¹⁷.

15 *Rebajas teológicas de otoño*, Desclée, Bilbao 1980, 53.

16 Cfr. el capítulo concreto del libro anteriormente citado.

17 «*Each religion is a map of the territory, but not the territory itself*»: P. KNITTER, *No Other Name?*, 220.

Ya lo hemos dicho: las religiones, con sus diferentes formas de experiencia religiosa, sus propios mitos y símbolos, sus sistemas teológicos, sus influjos culturales, sus avatares políticos en la historia, sus liturgias y su arte, sus éticas y sus estilos de vida, sus escrituras sagradas y sus tradiciones, constituyen diversas respuestas humanas al mismo Misterio, en el contexto de las diferentes culturas o formas de vida humana, a la misma realidad divina, infinita y trascendente. Porque a todos esos humanos intentos de búsqueda y de respuesta, Dios los acoge y se les manifiesta, por eso es que todas las religiones son verdaderas, tienen Verdad en sí mismas, gozan de la presencia del Misterio. Y porque todos esos intentos son humanos, es por lo que todas las religiones son también, en su medida, «falsas», es decir, deficientes, conniventes con el error y con el pecado, con los espejismos y la fantasía, la propia peculiaridad e idiosincrasia.

Tales elaboraciones de respuesta, las religiones, son, pues, de alguna manera, un «mapa», el mapa que cada pueblo religioso ha elaborado laboriosamente a lo largo de su historia en íntima relación con su Dios. Es comprensible que, encerrado ese pueblo en su relación única con Dios, aislado de otras influencias, marcado por las limitaciones inimaginables del pensamiento primitivo y de la falta de instrumentos críticos, cada pueblo haya confundido sus propias representaciones religiosas con el mismo misterio religioso representado por ellas. Es comprensible que se haya puesto tanta pasión y tanta intolerancia en la defensa de lo que parecía ser no un mapa sino el territorio mismo de la Verdad y del Misterio.

La imagen de Kniter¹⁸ nos parece muy sugerente, y, por ser imagen, «vale más que mil palabras».

La viga en el propio ojo

Otra conclusión operativa que se deduce de todo esto es la de la comprensión y la humildad. Con demasiada facilidad enjuicamos a otras religiones sin la debida comprensión: sus sagradas escrituras nos parecen extrañas, o fabulosas, o increíbles; sus ritos nos parecen «supersticiones»; sus prácticas religiosas, demasiado vulgares; la posición de la mujer en alguna otra religión nos parece intolerable; la connivencia con algún determinado tipo de injusticias nos parece imperdonable... y a algunos, hasta les parecería que esos rasgos serían indicios de que ésas no son «la religión verdadera».

A estas alturas de nuestro curso, eso ya no nos debe pasar a ninguno de nosotros. Más bien, la conclusión que sacamos es que debemos ser sumamente comprensivos, y pensar que una interpretación de una religión, sobre todo si es negativa, no vale si no es refrendada por quienes la viven.

18 También HICK la refiere: *God Has Many Names*, 53-54.

No valen las interpretaciones de una religión hechas por personas que no la conocen desde dentro. Muchas de esas interpretaciones negativas tienen mucho de incomprensión y hasta de calumnia, aunque sea sin mala intención. «La regla de oro de toda hermenéutica es que la cosa interpretada pueda reconocerse en la interpretación. En otras palabras: toda interpretación externa a una tradición, debe coincidir, al menos fenomenológicamente, con una interpretación dada desde el interior, o sea, con el punto de vista del creyente»¹⁹. La interpretación de una religión, dada desde fuera, debe ser validada por la aceptación de los que son interpretados, de los que viven esa religión desde dentro.

Mientras no tengamos esa validación que podremos recibir de parte de los practicantes de esa religión, no debemos considerar plenamente válidas nuestras interpretaciones desde fuera, y deberíamos tal vez suspender nuestro juicio. Y debemos volver la mirada hacia nosotros mismos, para descubrir si en nuestro propio ojo tenemos una viga...

En ese sentido, es un buen ejercicio escuchar las opiniones que otras religiones, o que la misma sociedad, desde un punto de vista no religioso, sino simplemente secular, tiene de nuestra religión. Aunque esas opiniones probablemente no valgan para el diálogo religioso, por el hecho de que no han sido confrontadas con la opinión de los que vivimos dentro de ella, sí que tienen valor para nuestra revisión propia, nuestra conversión y purificación.

No sería extraño que nos confesemos escandalizados de la posición en que la mujer es tenida en algunas religiones, y no seamos conscientes del escándalo que a tantas mujeres y hombres causa la desigualdad y discriminación con que la mujer es tratada en la mayor parte de las Iglesias cristianas. Nos podríamos escandalizar de la aparente justificación de las castas en la religión hindú, y no darnos cuenta de que el cristianismo ha transigido durante muchos siglos con la esclavitud y que la misma jerarquía eclesiástica ha sido propietaria de esclavos...

Humildad y comprensión no sólo ayudarán al diálogo, sino que nos ayudarán a nosotros mismos a vivir en verdad.

II. Textos antológicos

• «Yo sostengo que todas las religiones son verdaderas pero imperfectas, en la medida que son presentadas por seres humanos y llevan la impronta de las imperfecciones y debilidades de los seres humanos».

Gandhi.

19 PANIKKAR, R., *Il dialogo intrareligioso*, 101.

- «Todas las religiones son verdaderas. El proselitismo es pecado».

La primera parte de la frase fue Torres Queiruga quien primero la expresó formalmente y con contundencia. El conjunto de las dos frases es el lema de un póster que ofrecen los Servicios Koinonía (servicioskoinonia.org/posters).

- Una persona realmente de Dios, está más allá de la religión.

Rumí (1207-1273).

III. Preguntas para reflexionar y para dialogar

¿Qué nos ha parecido el tema? ¿Objeciones que le haríamos? ¿Elementos que subrayaríamos como más importantes?

¿Hemos sentido desazón, angustia o inseguridad en algún momento de lo que llevamos avanzado en el curso? Describir esa experiencia quienes la hayan sentido. Describir la experiencia que han tenido también los demás. Comentar.

Si todas las religiones son verdaderas y falsas... ¿tiene sentido la misión evangelizadora? ¿Qué sentido tiene?

IV. Bibliografía

DOMÍNGUEZ MORANO, Carlos, *La ambivalencia de la religión*, «Frontera» 23 (septiembre 2002); también en www.atrío.org/FRONTERA/frontera.htm

DURKHEIM, *Las formas elementales de la vida religiosa*, Akal Editor, Madrid 1982, 423 pp.

FERNÁNDEZ DEL RIESGO, Manuel, *La ambigüedad social de la religión*, Verbo Divino, Estella 1997.

FILORAMO, G. – PRANDI, C., *As ciencias das religiões*, Paulus, São Paulo 1999.

PADEN, William, *Interpretando o sagrado. Modos de conceber a religião*, Paulinas, São Paulo 2001. Original estadounidense de 1992.

RODRÍGUEZ PANIZO, P, *Tipología de la experiencia religiosa en la historia de las religiones*, en: M. GARCÍA BARÓ - C. DOMÍNGUEZ MORANO - P. RODRÍGUEZ PANIZO, *Experiencia religiosa y ciencias humanas*, PPC, Madrid 2001, 107-150.

SARAMAGO, José, *El factor Dios*, en «El País», Madrid, 18 de septiembre de 2001 y 1 de agosto de 2005.

TAMAYO, Juan José, *Fundamentalismos y diálogo entre religiones*, Trotta, Madrid 2004, 309 pp.